UNA CARTA DE PICASSO

Picasso ha sido durante toda su vida bastante refractario a sentar teorías en cuestiones de arte. Sobre todo cuando con ello se propende a dogmatizar o a enunciar programas. Tampoco cogió la pluma para defender verbalmente su arte ni para explicar sus alcances. Dejó siempre que sus cuadros se defendieran por sí mismos, sin pretender otra explicación que la que ellos fuesen capaces de expresar. Es muy conocida la frase con la que interrumpe las preguntas que un camarada trata de hacerle allá por los años problemáticos del cubismo: «Prohibido hablar al piloto».

Pero ello no ha impedido que el artista haya hecho espontáneamente comentarios sobre el arte o sobre su manera de trabajar. Lo que no ha hecho nunca, que sepamos, es redactar con su puño y letra un artículo entero, por lo que se deben considerar apócrifos los que han aparecido con su firma.

Hay, sin embargo, una famosa carta aparecida allá por los años veintitantos en varias revistas europeas que dio lugar a numerosas controversias, incluso fue desautorizada por el propio Picasso, a pesar de que allí aparece la famosa frase «Yo no busco; encuentro», de cuño indudablemente picassiano.

Caben, pues, ante el dilema muchas interpretaciones. El texto tiene variantes en sus distintas publicaciones, y eso lo hace sospechoso; también cuesta trabajo imaginarse a Picasso redactando una tirada tan larga de escritura, que nunca más ha llegado a repetir en su vida, cuando, por lo general, su lenguaje es muy conciso y da siempre respuesta a algún hecho concreto. Pero, por otro lado, no es menos chocante que el espíritu que discurre por esas líneas refleja bastante del pensamiento y la conducta del pintor, lo que ha hecho pensar a muchos que el texto en su redacción conocida pudiera ser de otra persona, sirviéndose de palabras pronunciadas por Picasso.

La versión castellana que transcribimos se publicó en el número 1 de la revista *Arte,* correspondiente al año 1932.

El tiempo transcurrido desde entonces y las muchas alusiones que se han hecho a este discutido escrito justifican a nuestro parecer su publicación en este momento.

Esta es la carta.

J. R. ESCASSI

Me llaman buscador, pero yo no busco: encuentro. Del cubismo se ha hecho una especie de piedra filosofal.

Hemos visto a muchos pobres diablos que de pronto hacían alarde de su arte cuando no existía tal arte. Se jactaban de poder engrandecerlo todo. De todo ello salió un arte afectado, sin relación verdadera con la congruencia del trabajo que a mí me ocupaba. Usted no sabe la antipatía que tengo por todos los que quieren imitar mi manera de trabajo. Los partidarios de la escuela joven, los subrealistas, vieron un día varias hojas mías de bocetos llenas de puntos y líneas que acababan de servirme a mí para unos ensayos de estudio. Me había producido por aquellos días gran impresión un mapa del cielo estrellado; me parecía una cosa bella sin ninguna significación, y un día me puse, en consecuencia, a trazar líneas y puntos; las líneas se comunicaban constantemente, como si colgaran del cielo. Hacía todo aquello porque sí, aunque tal vez pudiera el día menos pensado servirme aquel estudio de elemento gráfico para cualquier composición; pero vea usted que de pronto unos subrealistas descubrieron que aquellas fantasías tenían concordancia con sus ideas más abstractas. En todo se quiere encontrar un sentido. Es la enfermedad de nuestra época, muy poco práctica, aunque hace alarde de todo lo contrario.

Un día referí a Jean Cocteau lo que me había pasado durante el verano. Quizá escriba él todo un libro a propósito de esta anécdota. Vinieron unos amigos para llevarme a la Exposición Internacional de Arte Decorativo, que era, a mi parecer, una cosa de muy poco gusto, pero de la que se podía aprender mucho. Mis amigos me dijeron: "Ya verá usted, Picasso; es usted el responsable de esa arquitectura; usted mismo se descubrirá en aquellas obras, que son obra de usted." ¡Creían proporcionarme una gran satisfacción con estas palabras!... Suponga usted que Miguel Angel fuese a comer a casa de unos amigos y le recibieran diciéndole: "Mire usted este aparador Renacimiento; ¿verdad que es muy bonito? Está hecho inspirándose en su Moisés." *¡Buena cara hubiera puesto Miguel Angel!*

¡Qué manía la de quererse inspirar en el de al lado! Yo sufro casi físicamente cada vez que me veo imitado.

Las artes aplicadas no tienen ninguna relación con el caballete del pintor, con el cuadro de caballete. Aquellas artes son prácticas, pero la pintura es un juego noble. Guardo agradecimiento a la butaca porque me ofrece unos brazos abiertos, pero la bustaca no es arte.

Por el año 1906 lo invadió todo la influencia de Cézanne. Estaban entonces al alcance de cualquiera las frases de composición, polarización de las formas, ritmo de los colores. Dos problemas se presentaron a mi espíritu. Observé que la pintura tiene un valor intrínseco independiente de las cosas reales, tangibles. Y me pregunté a mí mismo: ¿No sería mejor pintar cosas que sean y no las cosas que vemos?

La pintura tiene una belleza propia. Desde el momento en que la pintura puede tener su belleza propia se hace posible la creación de una pintura independiente, con tal de que permanezca pintura.

Por eso tomé el partido del cubismo durante varios años. Nunca hice más que pintar para darme la satisfacción de pintar, excluyendo todas las nociones de la realidad real.

El cubismo no ha sido otra cosa que esto: pintura por la pintura, excluyendo todas las nociones que no sean realidad real.

Del color depende el tamaño de un volumen. Sabido es que un cuadrado blanco resulta siempre más grande que uno negro de la misma dimensión. Eso es de lo más elemental, de lo más simple. Pero no fue obstáculo, sin embargo, para que todos los tontos se pusieran a descubrir leyes y reglas y trataran de explicarnos de qué modo tenemos que pintar.

Cada obra no es para mí la meta de mis deseos, sino un incidente dichoso, una experiencia más.

El color es la herramienta para medir el mundo de las formas. No se trata de retroceder a la geometría de los sabios. Los exploradores pueden embarcarse en los vehículos de semejantes teorías; mejor; así desaparecerá más fácilmente el que no valga.

Hubo pintores llamados cubistas que, asustados ellos mismos de lo que estaban haciendo, buscaban teorías para justificarse... El cubismo no se ha regido nunca por un programa. Mis ideas estéticas eran en el fondo una de las formas de mi acción artística. Había siempre una concordancia entre ellas y mi trabajo meramente práctico. Un cuadro puede presentar igualmente, ya las ideas que tengamos de una cosa, ya su aspecto externo. En realidad, nunca se copia la Naturaleza: solamente se imita a

la Naturaleza, se viste con apariencias realísticas objetos imaginarios.

No hay que ir de la pintura a la Naturaleza, sino de la Naturaleza a la pintura. Hay pintores que al pintar el sol colocan en el cuadro una mancha amarilla; se empeñan en hacer con habilidades manuales que aquella mancha amarilla produzca el efecto del sol; hay otros que aplican la reflexión, que aplican medios calculados para que haga efecto de sol aquella mancha amarilla.

La pintura tiene que contener elementos al alcance de todos para que todos puedan entender y amar el Arte.

Se recurre a la Naturaleza para tomar de ella pretextos que sirvan al cuadro de variante. Ese es el ideal de todos los grandes creadores: comenzaban por su ideal personal y llegaban a dar a las cosas que pintaban apariencias naturales. Creo que el origen de toda la pintura es una expresión organizada de lo subjetivo.

Al asunto no le doy nunca importancia. Yo soy todo para el objeto: respeto el objeto; no hay que destruir nunca la figura ni el orden de nuestros pensamientos más secretos. Ya sabemos hoy que la pintura no es la verdad: la pintura es una poesía que nos permite acercarnos a la verdad; por lo menos, a la verdad a nuestro alcance. El artista debe hallar la manera de convencer al prójimo de la verdad que entraña su poesía.

No entiendo la importancia que se da a la palabra "buscar". Yo creo que no significa nada.

Yo trato de pintar lo que he encontrado, no lo que he buscado. En el Arte no tiene ningún valor la mera aspiración de alguna cosa. "Obras son amores, y no buenas razones", dice un refrán de España. La idea de "buscar" ha conducido la pintura a lo abstracto. Es quizá el error más grande del arte moderno. La manía de buscar ha envenenado a aquellos que no han entendido bien la parte positiva del arte moderno, y así trataron de pintar lo invisible, no lo que está al alcance de la pintura.

La obra expresa frecuentemente mucho más de lo que el autor quiso expresar a sabiendas en el cuadro. Muchas veces se encuentra el autor sorprendido por el resultado que le impone su obra. El nacimiento de una obra artística es a veces una auténtica y pristina creación.

Nadie seguirá a un hombre que vaya con la mirada fija en el suelo de la calle para ver si la Providencia ha dejado tirada en el camino una bolsa de dinero; en cambio, el que encuentra algo tendrá entonces nuestra atención, si no nuestra admiración.

Se habla del naturalismo en contraposición a la pintura moderna. ¿Pero han visto ustedes alguna vez obras artísticas naturales? Naturaleza y Arte son dos cosas completamente diferentes. El Arte nos hace posible expresar lo que no puede expresar la misma Naturaleza. Empezando por los primitivos, cuyas obras están tan lejos de la Naturaleza, y llegando a los artistas, como David, Ingres y Bouguereau, todos, mientras imitaban la Naturaleza, estaban convencidos de que el Arte es arte, y no naturaleza. Desde el punto de vista del Arte no hay formas concretas y formas abstractas; no hay más que traducciones más o menos convencionales.

El cubismo no es diferente a las demás escuelas habituales del Arte. Los mismos principios y los mismos elementos son comunes a todas.

No dice nada en contra del cubismo el hecho de que no haya sido comprendido durante tanto tiempo y de que siga todavía sin ser comprensible para muchos. El hecho de que yo no sepa leer en alemán y de que un libro alemán no sea para mí otra cosa que unas rayas negras sobre blanco, no quiere decir nada contra la lengua alemana, y no debo censurar al autor, sino censurarme yo mismo.

El cubismo no es solamente un germen o un embarazo de arte que tenga que dar a luz lo más esencial de una idea; es un estudio de formas primarias e independientes que tienen derecho a llevar en sí su vida propia.

Si es que el cubismo está cambiando, surgirá de ese mismo cambio una forma nueva de cubismo.

Se ha tratado de explicar el cubismo por la matemática, la geometría y el psicoanálisis. Todo eso es literatura pura. El cubismo tiene sus metas plásticas. Encontramos en el cubismo el medio de expresar lo que vemos con la vista y con el espíritu, explotando todas las posibilidades que están contenidas en las calidades más reales de las líneas y colores. Eso ha sido un manantial de alegrías inesperadas, un manantial de descubrimientos.

Rousseau, el aduanero, no es un caso singular. Es la perfección de un cierto orden del espíritu. El primer cuadro de

Rousseau que tuve ocasión de adquirir nació en mí con una fuerza irresistible. Pasaba yo por la calle de los Mártires y un trapero había puesto contra la pared varios cuadros; uno de ellos, una cabeza de mujer, llamó mi atención sobre todos. ¡Qué rasgos tan genuina y rotundamente franceses! ¡Qué claridad! ¡Qué decisión! Era un lienzo enorme. Pregunté el precio.

—Cien sous *—me contestó el trapero, y añadió—: Puede usted aprovechar el lienzo para pintar...*

Aquel cuadro es uno de los retratos más veraces y más psicológicos que conozco.

Siempre me quedo sorprendido del mal empleo de la palabra "desarrollo"; yo no me desarrollo: yo soy lo que soy. En el Arte no hay pasado ni futuro.

El arte de los griegos o de los egipcios no pertenece al pasado. Está más joven que nunca.

Modificación no significa desarrollo. Si un artista cambia su manera de expresarse —cosa que está siempre permitida a todo hombre, a todo artista—, no quiere decir que haya cambiado su manera de pensar.

Siempre he pintado para mi época; nunca he buscado; nunca me he atormentado en buscar; lo que veo lo presento unas veces en una forma, otras en otra.

Yo no medito ni hago experimentos; si hay que decir algo, lo digo como mejor me parece.

No hay arte de transición; hay solamente artistas buenos y artistas no tan buenos.

Los curiosos, o periodistas, o Mecenas, nos visitan esperando de nosotros desbordamientos de ideas y de definiciones, a fin de poder explicar después nuestro arte o darle un valor instructivo. Pero yo rechazo todo eso. Quieren considerarnos no solamente como creadores de cuadros, sino también como teorizadores y como fabricantes de aforismos.

Se han hecho antologías de Ingres y Delacroix, que las gentes leen asombradas. Pero, ¿qué idea de Delacroix puede compararse con su Sardanápalo?

Ustedes esperan de mí que defina qué es el Arte. Si yo lo supiera, me lo guardaría para mí.

Yo no busco; encuentro.

¿PABLO PICASSO?